



Excelentísimo
Ayuntamiento
de Gerena (Sevilla)



EL DESPERTAR DEL ALMA

Autor: Sofía Gascón Villarmín

Ganadora 2016 en relato corto juvenil

La pequeña Ayla recogía su cabello en trenzas que el viento empujaba poco a poco. Era el aire el que envolvía su vida tornada de azul. Porque las flores le llevaban a los sueños. Y de los sueños al cielo. La nieve que caía en aquella época era muy dulce. La sujetaba entre sus manos y tiernamente, soplaban. Al igual que el calor de la cabaña donde vivía, ella también permanecía inmóvil. Ella no viajaba, su mente sí. Gritaba a los cuatro vientos mientras dormía. Envuelta en miles de mantas y cientos de libros a su alrededor. Crecía. De forma rápida, pero seguía siendo tan niña como siempre. Vivía pegada a la música. Ya era habitual en su mente escuchar las voces del mismo cantante.

En esos momentos, el viento empujaba las nubes borrosas en el horizonte. Aún despierta por ver salir el sol, que no llegaría nunca, aún viendo su reflejo en el lago, viendo cómo su cuerpo se disipaba lentamente. Escuchando atentamente los susurros de un ángel sin vida, como la niebla. Tanta vida sin pasión. La nieve se derretía entre sus dedos. El nuevo amanecer ya estaba allí. Su piel se vuelve más cálida, intentando mirar al sol sin cegarse. Comenzaba un terror en su interior, las agujas de su reloj comenzaban a moverse sin rumbo. Tenía miedo. No podía despertar. Ya era parte de su sueño. Y allí quedó atrapada, tal vez para siempre.

~ ~ ~

Su hermano Hugo la miraba con ternura todas las noches. Sus ojos reflejaban una mínima esperanza de que Ayla despertara, pero nunca ocurría. Había pasado infinitos momentos acurrucado junto a ella, solía acariciarle su precioso pelo ondulado y le susurraba: “¿No te apetece jugar al escondite?” Antes solían hacerlo, cuando Ayla aún no había caído en un profundo sueño del que era incapaz de despertar. Sus padres intentaban animar a Hugo, le habían buscado nuevos amigos en la escuela y le habían apuntado a varios clubs donde poder relacionarse, pero nada era lo mismo sin Ayla.

La echaba de menos. Tanto que solo quería estar a su lado porque quería ser la primera persona que Ayla viese al despertar.

Pero los días pasaban, treinta y un días sin escuchar su voz, hasta que la vida volvió a sorprenderle una vez más.

~ ~ ~

Ayla se encontraba sola, en mitad de un bosque. Se acercó al lago más cercano y mojó sus manos para frotarse los ojos. Era una sensación extraña, la soledad le invadía, solo escuchaba sus entrecortadas respiraciones y miraba asustada a su alrededor.

No veía más que frondosos árboles de gran altura, el cielo de color grisáceo. Se acercaba una tormenta. Tenía que buscar algún pequeño refugio donde resguardarse de la lluvia, pero no conocía aquel lugar. No recordaba haber estado nunca allí. Sabía que llevaba bastantes horas dormida, pero su reloj estaba paralizado. Aquel sitio la confundía, podría haber estado allí incluso meses y ella seguiría pensando en horas.

De repente, el sonido de un silbido la sacó de sus pensamientos. Parecía un silbido humano. Quizás no estuviese sola. De todos modos, tenía ganas de hacer nuevos amigos. Su madre siempre le aconsejaba mostrarse alegre y segura de sí misma, porque como ella solía decir, quien tiene vergüenza ni come ni almuerza. Se rio al recordar los refranes de su madre que tanto añoraba. No estaba acostumbrada a estar tanto tiempo sin ella.

En ese momento, una pequeña mariposa se posó sobre su hombro, llena de colores múltiples. Era muy bonita. La intentó coger, pero se escapaba. Empezó a brincar cada vez con más fuerza, pero su altura no le permitía llegar tan alto. Decidió seguirla entre los arbustos. Se rasgó con algunas ramas que sobresalían y se hizo algunas heridas, pero a Ayla no le importaba porque no quería perder de vista a la mariposa. Era el único ser vivo que había visto en mucho tiempo y necesitaba compañía.

Llegaron a una cueva. En el fondo, un haz de luz le confirmaba que había salida. Empezó a darse cuenta de que se había alejado demasiado del lago y ya no recordaba el camino, pero intentó tranquilizarse porque tenía que haber alguna manera de salir del bosque. La mariposa le conducía al interior de la cueva, dudó un instante antes de que sus pies la dirigieran directamente a la oscuridad.

Tenía miedo, podía sentir sus pulsaciones más fuertes, creía haber escuchado susurros. Tal vez estuviese delirando. La oscuridad la había envuelto por completo. El miedo a la oscuridad era algo que cualquier niña de su edad tenía, pero Ayla era diferente. Las paredes de la cueva estaban frías, como si nadie se hubiese posado en ellas.

-¿Hay alguien cerca? Soy Ayla, solo estaba paseando y me he perdido. Querría saber cómo salir. Por favor. -Sonaba inquieta y algo asustada.

Un silencio en la cueva le respondió.

No había ni rastro de la mariposa. Ahora solo quería salir de ahí, intentar olvidarse de lo que había pasado. Comenzó a correr hacia la luz hasta que, por fin, distinguió lo que le esperaba al otro lado.

Una pequeña laguna en cuyo centro había un gran árbol con hojas rojizas. Parecía otoño, el cielo estaba nublado, pero ya no había ni rastro de la tormenta. Pequeñas casitas rodeaban un campo lleno de flores marchitas. Los pájaros entonaban sus cantos en lo alto del árbol. No le dio tiempo a creerse lo que estaba viendo pues enseguida, alguien le dio una palmadita en la espalda.

Emitió un leve grito en cuanto sus miradas se cruzaron. La persona tenía el mismo aspecto que Ayla, el mismo cuerpo, el mismo peinado, la misma ropa, la misma cara. Todo era idéntico a ella. No recordaba haber tenido nunca una hermana gemela, pero era fascinante y algo inquietante poder hablar con alguien de su mismo aspecto. Era como hablar consigo misma.

La saludó con un tímido hola. No le salían las palabras. Aunque esto no parecía causarle ningún temor a su gemela, pues no paraba de sonreír y de mirarle fijamente a los ojos.

-Hola Ayla, bienvenida. Estábamos esperándote. Como no venías, hemos tenido que mandar a la mariposa. Hubiésemos preferido no hacerlo, pues era la más bonita que teníamos, aunque supongo que ahora ya da lo mismo. -Dijo riéndose.

-Pe...pero ¿qué es este lugar? ¿Dónde están todos?-Preguntó Ayla con lágrimas en los ojos.

-Oh, cielo, no llores. Sé que podrás estar asustada por la situación, pero ya verás que bien te encuentras con nosotras.

En ese momento, aparecieron centenares como ella, todas idénticamente iguales. Cientos de Aylas desconocidas la rodeaban. Algunas la sonreían, otras simplemente evitaban su mirada. Quería huir de allí, volver al lago, volver a vivir.

-Estamos aquí para ayudarte, querida. Pronto se acaba tu sueño, pronto quedarás atrapada para siempre, tan solo necesitas seguir el camino de rosas para despertar. Corre o de lo contrario, nunca volverás.

Las palabras quedaron sueltas en el aire, su cabeza daba vueltas, miles de recuerdos invadían su mente. Necesitaba volver con su familia, pero, sobre todo, necesitaba a Hugo. Ahora más que nunca. Dirigió su caminar a la salida.

Las ramas que poco a poco rozaban sus brazos se estremecían, oía el ruido de las hojas rosáceas caer levemente al suelo, como gotas de agua en un lago. Muchas de ellas marchitándose con el paso del tiempo. Las almas de las memorias muertas permanecían en el aire, en silencio, pero con su presencia en el ambiente. Su piel se estremecía con el tacto rugoso de los temibles árboles, tan solo el olor de ásperos suspiros sonreían entre sombras y escondidos. Bajo el manto de flores permanecían sus recuerdos de quién había sido. Un pasado marchito. Y un futuro lejano, pero ahora había que regresar, el ciclo aún no se había cerrado, pero estaba a punto de hacerlo. Sus bucles se ondeaban más con el viento e incluso su mirada parecía más viva. Pero no lo era.

La muerte le hacía crujir en su interior, sus órganos desechos, el rencor de sus sueños incumplidos y anhelos desprovistos de despertares bajo las cadenas perpetuas de muchas palabras.

Y allí estaba.

El camino a casa lleno de realidades desconocidas, su corona de flores parecía débil, sin energía.

Y el suelo se desquebrajaba bajo sus pies, tenía miedo. Dos mundos distintos, ninguno parecía pertenecerle.

Fue hacia donde recorrían sus manos, el abismo no era inmenso, ya no.

Su vista se tornó borrosa en el horizonte y su vida flotaba entre las nubes. Sus cuencas se cerraron deseando despertar.

Su alma vivía libre, trazando una línea entre el suelo y el cielo. Su débil vestido blanco cayó y su cuerpo fue olvidado, cubierto de flores.

Silencio.

Una flácida luz a lo lejos.

Un suspiro.

Silencio.

~ ~ ~

Hugo permanecía sentado junto a ella en la cama. La notaba inquieta, algo asustada. Llegó a creer que la vida de su pequeña Ayla podía acabar en cualquier instante.

-Sé fuerte, hermanita. Yo estaré esperándote siempre. -Le dio un beso en la mejilla y le acarició la mano.

En ese momento Ayla llegaba desde lo más profundo de su mente, llegaba desde los sueños más escondidos de su ser, llegaba del gran viaje que había emprendido hacia el interior de su alma.

Y lloró, lloró como si llevase años reteniendo las lágrimas.

Hugo la abrazaba fuerte, pero parecía tan débil y frágil que tenía miedo de hacerle daño.

“Sabía que lo lograrías, siempre lo he sabido, te quiero.” fueron las últimas palabras de Hugo que se escucharon antes de que el reloj anunciara la medianoche.

La vida es demasiado corta como para apreciarla, pero nunca termina si hay un recuerdo al que aferrarnos.